Luis Oyarzún

Lo conocimos por intermedio del educador Alejandro Covarrubias Zagal cuando recién nos iniciábamos en la tarea de maestros. Había nacido en 1920 y por aquellos entonces era un hombre joven que irradiaba una asombrosa personalidad. Venía llegando recientemente de un viaje por Europa, donde había acrecentado su sólido haber cultural. Prosista, poeta, científico, ensayista, conferenciante y académico. Tenía un rostro de niño inteligente con una mirada bondadosa y vivaz, ajena a toda turbia amenaza.

Alejandro Covarrubias Zagal lo ponderaba a los cuatro puntos cardinales de su proyección pedagógica. Se llamaba Luis Oyarzún y sus primeros libros ya gozaban del privilegio de las estanterías en los negocios librerías y en las bibliotecas de los cautivos de la buena lectura. Cada cosa que miraba le llamaba la atención. Sus alumnos le llenaban de elogios; con ellos salía a pasear por el campo deteniéndose en cada hierba, arbusto o árbol, dando sus nombres comunes y científicos, sus características, sus usos en la farmacopea, su belleza floral y su ostentación poética en mitad de los húmedos paisajes bosqueriles.

Había estudiado derecho y filosofía en los viejos claustros de la Universidad de Chile, desde cuyas aulas ya se dio a conocer en el entorno cultural de su época de estudiante. Se encariñó con la enseñanza y en la misma universidad empezó a dictar clases en las cuales se familiarizaban el saber con la amenidad y lo universal con lo típicamente nuestro. Parecía un estudiante más desde los acostos pupitres ennoblecidos de maderas y docencias. Llegó a ser decano de la Escuela de Bellas Artes, en cuyos salones aún se le recuerda con

el afecto de los grandes maestros que han pasado por el antiguo edificio del Parque Forestal.

Años más tarde —la vida tiene muchas vueltas, dicen por ahí— lo encontramos en Punta Arenas, en casa de Alfredo Andrade, quien era en ese entonces director del diario "El Magallanes". Luis Oyarzún venía a las recordadas escuelas de invierno que organizaba la Universidad de Chile para las provincias. Y aquí recordábamos otros tiempos pasados, las páginas de algunos de sus libros, sus andanzas y sus proyectos sobre lo humano y lo divino. Quizás todavía no pensaba en radicarse en Valdivia, ciudad en la cual lo sorprendió la muerte un 26 de noviembre de 1972. Poco antes de morir escribió estos versos de su puño y letra:

"Sin vacilar bebí varias botellas
sabedor de que el hígado es su falla.
Lo hizo sin más, pasando de la raya,
bajo la fría luz de las estrellas.
Se sabe que prefiere causas bellas
a buenas causas de cualquiera laya
y como en eso al fin su amor se halla
se perdona a sí mismo sin querellas"

En nuestra biblioteca se hallan varios libros de Luis Oyarzún, dedicados con una letra diminuta y nerviosa, médula de su cautivante personalidad. En sus páginas está el mensaje de este hombre de un talento insospechado, dueño de las llaves maestras de la verdad y la hermosura. Todavía lo divisamos con una flor en sus manos, describiendo sus mundos interiores, traduciendo cada pétalo en el más puro de todos los idiomas. Fue su lección de maestro y de poeta.

Marino Muñoz Lagos.

Eusebio Ibar Schepeler [artículo] A.P.

Libros y documentos

AUTORÍA

A. P.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Eusebio Ibar Schepeler [artículo] A.P.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile